



Serie La Historia de La Iglesia Primitiva

- El descenso del Espíritu Santo. Los fenómenos que marcaban el

descenso -

(Hechos 2.1-13)

Julio 7, 2021

El descenso del Espíritu Santo (Hch 2:1-4)

- *El principio de una época*

Dios ha tenido “pueblo suyo” en todo tiempo, a través de todas las distintas “sazones”, llegando Esteban, en su defensa ante el Sanedrín, a llamar a Israel la “iglesia en el desierto” (Hch 7:38). Hemos de preguntarnos, pues, si tenemos razón al llamar este Día de Pentecostés “el día del nacimiento de la Iglesia”, o si no se trata más de la continuación de la antigua “Iglesia” bajo formas algo distintas. Al examinar la etimología y el uso de la voz “iglesia” vemos que indica una compañía de personas que se ha juntado por un llamamiento “oficial” para el cumplimiento de ciertos fines, aplicándose por ejemplo a una asamblea legal, a la manera de un “parlamento” moderno (Hch 19:39). No debe extrañarnos, pues, que se usara el término con referencia a la congregación de Israel, separado de las naciones por Dios de una forma tan especial, con el fin de que le sirviesen y diesen testimonio por él en la tierra. Pero este uso general de la palabra no impide que adquiriera un sentido más restringido y especializado en el desarrollo de los planes de Dios para la redención del hombre. El mismo Señor, en vista del fracaso de Israel, indicó que había de haber un nuevo principio, señalado por la formación de una compañía de los suyos, a la cual se daría el nombre de IGLESIA: “Sobre esta roca edificaré mi Iglesia”. Notemos que no sólo había de ser la Iglesia suya por antonomasia, sino que el momento de fundarla era aún futuro cuando Cristo habló con Pedro (Mt 16:18). Nos acercamos más al uso general de las Escrituras si reconocemos que todo pueblo de Dios está incluido en su Reino, pero que la “Iglesia” es su pueblo espiritual, con patria en el Cielo, “nació” por una operación especialísima del Espíritu Santo en el Día de Pentecostés. Las promesas específicas que reiteradamente se daban a Israel, con la garantía del juramento de Dios, se cumplirán a favor del pueblo redimido y sumiso por fin a la voluntad de Jehová.

- *El nuevo pueblo y la Obra de Cristo*

La “novedad” de la Iglesia depende directamente de otra “novedad” que ya era un hecho consumado. Durante siglos Dios había auxiliado a los hombres desde el Cielo siempre que su actitud de sumisión le permitiera aplicar a su favor, y como si fuera anticipadamente, los beneficios de la obra salvadora de Cristo. Pero existía un abismo entre el hombre en su pecado y el Dios de toda



santidad en el Cielo. Por el hecho de la Encarnación, Dios, en su maravillosa gracia, “echó un puente” sobre el abismo, pues el que nació en Belén, de madre humana y por la operación del Espíritu de Dios, era el DiosHombre, el Hijo eterno encarnado. Al presentarse en el Jordán a los efectos de su ministerio en la tierra, el Espíritu Santo pudo posarse sobre él, acompañado de señales visibles, llenándole totalmente, ya que en él no se hallaba ninguna oposición a la voluntad de Dios, que era la suya propia. Hubo un Hombre en la tierra, pues, en quien el Espíritu Santo habitaba y se movía sin obstáculo. El bautismo del Señor en el Jordán significa su identificación con el pueblo pecador al cual quería salvar, y presupone la obra de la Cruz, a la que le conducía indefectiblemente. Llegando la consumación del tiempo, el Cordero de Dios llevó y quitó el pecado del mundo por la ofrenda de sí mismo, haciendo posible por este medio que los salvos fuesen unidos con él en una perfecta comunidad de vida eterna y espiritual. Este principio de la IGLESIA es el recogimiento de las “primicias” de una gran cosecha espiritual, y la nueva entidad, gracias a su íntima unión con el Señor Crucificado y Resucitado, será el centro de la Nueva Creación. Por eso Pablo, al hablar de Cristo como la “Cabeza del Cuerpo, que es la Iglesia”, hace constar que ha llegado a ser también el nuevo “Principio, el Primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga el preeminencia”: no sólo como Creador de lo antiguo, sino como Artífice, Principio y Consumador de la Nueva Creación (Col 1:16-18).

- *El pueblo nuevo y el “Espíritu residente”*

Se nota también una característica nueva en cuanto a las personas que formaban parte de este “Cuerpo”. En todo tiempo el Espíritu de Dios podía estar “con” o “entre” su pueblo, pero el bautismo de la Iglesia en el Día de Pentecostés hace posible algo mayor aún, pues, según las palabras del Maestro en (Jn 14:17), el Espíritu que estaba “con” los suyos, había de estar luego “en” ellos, como residente celestial. El Espíritu que antes revestía a los siervos de Dios con potencia y sabiduría, según la obra que habían de realizar, se digna ahora posesionarse del corazón de los suyos, los miembros en particular de la Iglesia de Cristo. Esta diferencia tan fundamental se destaca claramente de la gran declaración de Juan: “Pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado” (Jn 7:39).

Los fenómenos que marcaban el descenso (Hch 2:1-13)

Estas señales, que indicaban que algo fuera de lo común se realizaba en relación con la compañía de los discípulos de Jesús, pueden resumirse como sigue:

- 1) El sonido que parecía un viento recio que llenaba toda la casa;
- 2) la aparición de “lenguas como de fuego” que se iban repartiendo sobre todos los presentes;



3) lo que técnicamente se llama la “glossolalia”, o sea, el hablar en lenguas. Todo ello dependía del hecho fundamental: “fueron todos llenos del Espíritu Santo” (Hch 2:2-4).

- *El viento recio (Hch 2:2)*

El símbolo del “viento” como manifestación de la presencia del Espíritu Santo era ya conocido en el Antiguo Testamento, hallando eco también en las enseñanzas del mismo Señor. Un viento huracanado doblega y hasta rompe los árboles más fuertes, y con frecuencia abate las mayores obras de los hombres, siendo una de las fuerzas más potentes de la naturaleza; es invisible a los ojos humanos, y su origen, curso y fin constituía un misterio total para los hombres de los tiempos bíblicos. He aquí un símbolo idóneo que representa gráficamente las operaciones del Espíritu de Dios, la tercera Persona de la Trinidad, quien, juntamente con el Hijo, lleva a cabo los designios del Padre.

- *“Lenguas como de fuego” (Hch 2:3)*

“Las lenguas repartidas” indican que una apariencia de fuego se distribuyó entre todos y descansó sobre cada uno. Podemos pensar en una especie de aureola de resplandor suave pero potente que rodeara la cabeza de todos, como manifestación de la gran realidad de la plenitud del Espíritu Santo dentro de cada uno. Lo importante es el hecho de la plenitud del Espíritu, aun cuando nada trasluzca que sea visible a estos pobres ojos materiales; pero no debe extrañarnos que, en este gran principio, Dios concediera manifestaciones visibles del hecho de haber tomado posesión de sus “tabernáculos”, que eran los cuerpos de creyentes plenamente consagrados a su servicio. Recordemos la manifestación de la gloria de Dios cuando Moisés inauguró el Tabernáculo y Salomón el Templo (Ex 40:34-35) (1 R 8:10-11). Sin duda una aureola de gloria rodea a los espirituales en este tiempo que nuestra corta vista no logra percibir.

- *El simbolismo del “fuego”*

El amante de las Escrituras sabrá que el “fuego” es también figura conocida de la presencia de Dios por su Espíritu. Muy relacionada con esta escena, como hemos visto ya, está la profecía de Juan el Bautista sobre el Mesías: “Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego” (Mt 3:11). “Fuego” es también símbolo de condenación en el caso de los rebeldes. Pero no hay contradicción entre usos aparentemente contradictorios si se piensa que tal “fuego” puede significar la manifestación de las santas energías de Dios que serán de máxima bendición en la vida de quienes se someten a su voluntad, destruyendo lo carnal y avivando maravillosamente el espíritu redimido, mientras que las mismas “santas energías divinas” significan la perdición del rebelde que nunca se sometió a la visión que Dios le diera.

- La “glossolalia” (Hch 2:4,6-8,11)



Pisamos aquí un terreno delicado y difícil, pues se trata de un fenómeno espiritual que trasciende el uso normal de la razón, lo que dificulta sobremanera su análisis. Bastará que notemos aquí que el “hablar con lenguas” en el Día de Pentecostés constituyó una de las señales de que Dios había intervenido de una forma especial en la historia del hombre, dándole poderes fuera de lo normal. Como toda manifestación “milagrosa”, la importancia de la señal en sí depende de las circunstancias y de la labor que se realiza conjuntamente con ella. No basta por sí sola para probar la presencia de Dios, pero si concuerda con la Palabra revelada, y sus resultados son conformes al carácter y a la obra de Dios ya conocidos por sus otros medios de revelación (sobre todo en Cristo), entonces sirve para llamar la atención a una operación divina con el fin de que los hombres de buena voluntad sean ayudados en el camino hacia Dios. Si el resultado es confusión, o si las palabras “milagrosas” no concuerdan con la revelación de Dios, entonces hemos de sospechar la operación de otro poder “sobrenatural” que no es el de Dios. Más tarde los creyentes de Corinto se gloriaban en demasía de su “don de lenguas” (1 Co 13:8) (1 Co 14:40), y Pablo tuvo que subrayar la importancia muy superior de la edificación por medio de la Palabra. Además la manifestación de “glossolalia” en la iglesia de Corinto se diferencia de la del Día de Pentecostés en este importante punto: en el ámbito de la iglesia el hermano con don de lenguas sostenía comunión mística con Dios en un raptó que pasaba del uso normal de la razón. Nadie le entendía si no hubiera intérprete. En el Día de Pentecostés, sin embargo, las “lenguas” se entendían por judíos oriundos de diversos países, quienes oían cada uno en el idioma de su tierra adoptiva. La “señal” consistía en que la plenitud del Espíritu daba a conocer “las grandezas de Dios”, saltando por encima de la barrera de la diversidad de idiomas — símbolo ésta de la humanidad dividida por el pecado— por medio de un milagro en franca oposición a la confusión de “Babel”. El momento de “comprensión” pasó y “Babel” había de volver a dejar su funesto rastro hasta en la esfera de la profesión cristiana, pero el Día de Pentecostés queda como señal de que Dios, por medio de la plenitud de su Espíritu, hará por fin que todos los hombres redimidos le entiendan y se entiendan.